

GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ

Por Fray JULIO ARCILA MONTOYA

La onda callada o sonora del mar del tiempo va seleccionando los valores humanos, y al cabo sólo alumbran en el cielo de la gloria, como diamantes vivos luminosos de eternidad, los luceros que con luz propia muestran la hermosa de Dios.

Corrida ya mucha parte de la segunda centuria de haber venido al mundo en la Ceja del Tambo en Antioquia el preclaro bardo colombiano Gregorio Gutiérrez González, muy oportuno es un breve juicio sobre su vida y su obra, juzgada ya en definitiva por el fallo inapelable de maestros tan insignes como Menéndez y Pelayo, Camacho Roldán, Rafael Pombo, Marco Fidel Suárez y, sobre todo, por la desapasionada e imparcial voz común de varias generaciones.

En época de revolución filosófica, literaria y política apareció en el cielo de la poesía americana Gregorio Gutiérrez González, no como un opaco satélite que recibe luz de otro planeta, sino como un astro de luz propia que iluminó con nuevos fulgores la bella literatura. Y fue como una dulce estrella de paz, que no se anubló con el humo del fragor revolucionario de que estaba inflamado el ambiente.

Nació poeta, y su vida fue toda para la poesía, que recibió como en herencia de sus mayores. Sólo de lo que fue él como poeta se interesa la historia en conservar claras noticias, pues del resto de su vida, apenas importa saber que nació en La Ceja del Tambo en la entonces Provincia de Antioquia, de padres ricos y nobles, don Ignacio Gutiérrez y doña Inés González el día 9 de mayo de 1826. Las esplendentes dotes de inteligencia y poesía que desde el principio mostró, hicieron que sus padres lo mandaran a hacer estudios, primero en el Seminario de la ciudad de Antioquia, luego en el Seminario de Bogotá y después en la Universidad de San Bartolomé, en donde recibió el doctorado en Jurisprudencia; tuvo algunos puestos públicos, como magistrado, diputado, representante y senador; fue militar y experimentó en las disensiones revolucionarias y políticas de Colombia las alternativas de estruendosos triunfos y de aciagos desastres, que le ocasionaron prisiones, pobreza y sinsabores, de lo cual quedan rastros en su obra poética. Su matrimonio con doña Julia Isaza fue una poesía vi-

vida y cantada por él con ternura incomparable, y por eso este enlace pertenece más a su vida de poeta que a su historia íntima.

Su fisonomía física y moral está fielmente descrita por su condiscípulo y amigo José María Samper en estas líneas: "Tenía imaginación riquísima y soñadora, que se ponía de manifiesto con el lenguaje y estilo más floridos, y era desaplicado, perezoso y tímido; amaba con increíble vehemencia, con singular ternura y entusiasmo, y carecía de audacia para amar y de fuerza de voluntad y resolución para las cosas más triviales de la vida. Tenía alma bella y magnífica, religiosa y amante por excelencia; rostro y cuerpo flacos, feos y desairados. Su espíritu volaba muy lejos, pero con una intrepidez puramente interna, y el semblante se le sonrojaba por la menor cosa como si tuviese la timidez pudorosa de una niña... Era alto de cuerpo, descarnado y sin asomo alguno de elegancia en las formas; carecía totalmente de gracia en la apostura y el andar, así como en la conversación. Al oírle hablar, con cierto laconismo propio de él y una cadencia perezosa, quien no le conociera no podía sospechar que aquel fuese hombre de talento, de genio. Trivial, insustancial, cuando no taciturno y silencioso, y siempre tímido y como avergonzado delante de la gente, no parecía si se le trataba sin intimidad, capaz de observar las cosas de la vida y de emitir sobre ellas graves y profundos pensamientos".

No era sin embargo de espíritu apocado o falto de valor: un modo de ser, un humor algo semejante al de Byron, con cierto elevado desdén por todas las cosas comunes que llamamos la prosa de la vida, y cierto hastío de los hombres, de los negocios serios y hasta de la gloria, constituyen su carácter y dan a conocer los motivos de su propensión a la vida retirada y oculta, de la pérdida de su abundante patrimonio, pérdida que le causó hartas angustias y amargos ayes en sus últimos días, y de su escasa fecundidad artística, sobremanera desproporcionada a sus poderosas y excelsas facultades poéticas.

Conocido su modo de ser personal, para apreciar su obra intelectual es preciso saber también la atmósfera o el medio ambiente en que él desarrolló sus facultades espirituales. En Bogotá, al lado de su primo Juan de Dios Aranzazu, que, como gran señor en la política y en las letras, tenía una corte literaria de tertulios noveleros, regocijados y librepensadores, pasó Gutiérrez González en su vida de estudiante varios años de juventud y de entusiasmo poético.

Pero aunque terminó su formación científica y literaria en medio de hombres nada severos ni religiosos que tenían grande influjo por su encumbrada posición política y social, ni el excepticismo ni la asoladora duda filosófica y religiosa, que enervaba los espíritus y conmovía las naciones, haciendo de Colombia un pueblo de continuos vaivenes políticos, ni la moda o la escuela romántica exagerada, que por entonces fue un culto que adoró como ídolos a Byron, Víctor Hugo, Zorrilla, Espronceda y Abigaíl Lozano, pudieron conquistar totalmente para sí el alma soñadora, pero sana, firme y creyente del más grande de los vates antioqueños.

En sus mocedades pagó tributo ciertamente a las exageraciones románticas, pero imprimiendo su propio sello de juicio y de ge-

nuina poesía a las obras en que trató de imitar a los corifeos de la escuela, si bien, a juicio de grandes críticos que le conocieron de cerca, como Pombo y Camacho Roldán, la influencia extraña del romanticismo llorón halló propicio campo en el alma del poeta, tímido, dulce y naturalmente inclinado a la tristeza, para producir algunas flores demasiado cargadas de colorido o de melancolía.

Resabios románticos, unidos a las propias desgracias que experimentó el poeta, le inspiraron una que otra queja fatalista, "hasta aproximarse al grito de la desesperación, aunque dejando lugar a la fe, al consuelo. Tras la sentencia pesimista:

"Que el dolor y la vida para el hombre
lo mismo son con diferente nombre",

"Viene esta otra afirmación:

"Decir que amando hay vida desgraciada
es sacrilegio en alma enamorada..." (1)

Con rica fantasía, aunque no con arte muy puro, a causa de algunas incorrecciones métricas y de un lenguaje sarpullido de términos e idiotismos americanos o meramente antioqueños, tuvo Gutiérrez González dotes esenciales de gran poeta, como son la naturalidad, la ternura, la sencillez y la verdad, cualidades que hicieron de él el pintor más delicado y exacto de las bellezas del mundo y de las pasiones del alma, particularmente del amor y del dolor.

Por esa misma fidelidad en copiar el paisaje y el estado de alma, como hoy se dice, y por el oído finísimo para modular las armonías de su patria y de su gente, por el aroma y por el grato sabor de su bello país, que se percibe en sus versos, es Gutiérrez González, según la acertada opinión de Menéndez y Pelayo y del Padre Blanco García, quizás el más genuino representante de la poesía netamente americana, dicho sea con perdón de Cejador y Frauca, que trata de desconocer la existencia de tal poesía como distinta de la española, desconocimiento que sólo puede achacarse a que el citado crítico tal vez se ha desdeñado de leer al gran poeta antioqueño, y a Jorge Isaacs, y a Julio Arboleda, y a Zorrilla de Sanmartín, y al mismo Bello, quienes en su inspiración, en sus descripciones, en sus imágenes y en muchas otras cualidades son el trasunto de la exhuberante naturaleza, de la vida nueva y libre y del pintoresco ropaje con que están vestidas estas alegres Indias Occidentales.

Caminando por tierras antioqueñas todo recuerda al dulce y amado cantor montañés que supo trasladar al lienzo de su encantadora poesía, los verdinegros bosques de la selva virgen, los fecundos plantíos, los hatos, los ondulantes e inquietos arroyos con sus orillas "entretejidas de verdes carrizales", con sus cascadas de perlas abri-llantadas por el sol, y sobre todo el manso y activo labriego, dueño

(1) P. Francisco Blanco García, "La Literatura Española en el Siglo XIX", parte 3ª, pág. 341.

de la "casita blanca", que se divisa cual "paloma oculta entre el ramaje verde" o "cual oveja solitaria en el gramal". En el imponente panorama situado entre Jericó y Sonsón y entre el Sinifaná y el Cartama, cortado por el Cauca, se ve el hada de la paz y se oye el canto del aeda de la agricultura en las notas inefables de Gutiérrez González, que recorre sosegado la gran comarca de Antioquia "buscando en donde comenzar la roza". En la comarca de Sonsón y Abejorral, a través de la cuesta de Purima, sueña el viajero topar con el poeta pensativo y armonioso, que anda en busca de tierras de labor en las márgenes de un río presentido, como el Aures, el Sirgua o el Samaná, cuyas ondas van sonando y quedarán inmortalizadas en el más hermoso canto del trabajo agrícola, la **Memoria sobre el cultivo del Maíz en Antioquia**, "título en apariencia científico de unas geórgicas americanas que con gusto prohiaría Virgilio", en opinión del sabio Cuervo. "Esa obra, que, poniendo aparte todo afecto de parcialidad, puede ser mirada como ofrenda imperecedera en el altar de las musas, como lámpara perfumada por Pomona y Flora y encendida por las estrellas para perpetuar la descripción de nuestra agricultura y el ingenio de un hombre" (1).

Gutiérrez González es gran poeta popular, porque canta con estilo llano, pero con gracia, dignidad, dulzura y bellissimo pudor todas las puras y honestas afecciones de la vida, como los altos pensamientos de una alma religiosa, la augusta esplendidez del universo, que es como un templo de Dios, la callada e inefable dicha que producen la virtud y el trabajo, unidos en el hogar, la fuente viva y perenne del amor, contemplado platónicamente sin otro fin que la mera admiración de la belleza ideal y con "un fondo de sentimiento personal íntimo y sincero, dice el citado historiador español Blanco García, que recuerda la pasión del Petrarca y la ternura de Garcíaso y que está inspirado por la presencia de la felicidad y por el temor de perderla, sentimiento en que tiene tanta parte la melancolía como el placer".

Es popular porque su inspiración resuena con las armonías de la inmortalidad espiritual y con todas las notas del arpa "cristiana en medio de un pueblo católico y profundamente religioso, que se nutre y engrandece con la fe, la esperanza y la caridad divinas. El poeta adora en espíritu y en verdad y canta con amor lo que el pueblo adora y ama, tributando a Dios una hermosa flor de su lírico ramillete y ensalzando como el tesoro más rico de la humanidad el culto religioso. Tiene delicadas piezas sobre asuntos estrictamente cristianos y variedad de bellos pensamientos de grato olor para el pueblo creyente esmalta el conjunto de todas sus joyas poéticas, aun de aquellas en que parece vacilar y es tentado a perder la calma. La paciencia, la piedad y la oración vierten luz sobre las noches negras del bardo que se queja, no con la lira satánica de Leopardi, sino con el salterio sagrado que destella mansas efusiones de consuelo en las endechas del **Miserere** y del **Super flúmina Babylonis**. Véase como de un tierno diálogo con su esposa ante la tumba de su hija, en el cual

(1) Luciano Pulgar "El Sueño de las Salinas".

él se pica de resentimiento y despecho con Dios por habérsela quitado, brota, por contraste, como una rosa de cielo, esta final estrofa de los puros labios de Julia:

“Haz como yo, inclina la cabeza
y dóbla la rodilla como yo,
y repíte en el fondo de tu alma:
bendito y alabado sea el Señor”.

Su composición al **Diablo**, lejos de ser una blasfemia, como el **Himno a Satán**, de Carducci, es una elegía en que detesta el triste destino del demonio, a la manera de Dante o de Milton y conforme con las sanas creencias del pueblo.

Salpicado está su bellissimo poema **Sobre el Cultivo del Maíz en Antioquia** de chispas de la ardiente fe y piedad populares. Con fervoroso entusiasmo describe un acto del culto católico y luego escarnece con filuda ironía a los espíritus fuertes que corrompen la religión y las puras costumbres del pueblo. Hé aquí la muestra:

“De golpe el gran rumor calla en la plaza,
el sombrero a una voz todos se quitan...
es que a la puerta de la iglesia asoma
la procesión en prolongada fila.

“Va detrás de la cruz y los ciriales
una imagen llevada en andas limpias,
de la que siempre, aun en imagen tosca
llena de gracia y de pureza brilla.

“Todo el pueblo la sigue, y en voz baja
sus oraciones cada cual recita,
suplicando a los cielos que derramen
fecunda luvia que la tierra ansía.

“¡Hay algo de sublime, algo de tierno
en aquella oración pura y sencilla,
inocente paráfrasis del pueblo
del «Dános hoy el pan de cada día!»

“Nuestro patrón y el grupo de peones
mezclados en la turba se divisan
murmurando sus rezos, porque saben
que Dios su oreja a nuestro ruego inclina.

“Pero nó! Yo no quiero con vosotros
asistir a esa humilde rogativa:
porque todos nosotros somos sabios
y no quisimos asistir a misa.

“Y ya la moda va quitando al pueblo

el único tesoro que tenía.
(Una duda me queda solamente):
¿Con qué le pagará lo que le quita?"

Considerable cantidad de versos de Gutiérrez González canta y recita el pueblo de su país, porque expresan felizmente los sentimientos que todos tenemos y no sabemos representar. **Aures** es una onomatopeya de las aguas turbias de un río que saltan en cascadas y socaban una roca de granito, a semejanza de las aguas de la tribulación, que a veces se precipitan con seguidos y frecuentes golpes como furiosas cataratas de dolor, hasta horadar y quebrar el corazón más fuerte y valeroso. Por la verdad y sentimiento que encierra y por ser un primor de sencillez y hermosura literaria, merece estar en la memoria de todos la poesía **Por qué no canto?**, que representa las serenas y ocultas labores del hogar, fuente de mansos goces, feliz mediocridad y descansada vida, aparte del ruido mundanal, tema en que Horacio y Fray Luis de León ejercitaron maravillosamente su estro soberano, sin que nuestro poeta se haya acordado siquiera de imitarlos, pues toda esta joya de arte respira novedad, por la belleza y ternura de los pensamientos, y la exquisita delicadeza del lenguaje y por la ingeniosa invención de la forma exclusivamente única. Están en ella las muy celebradas estrofas de la paloma, de la batatilla y del cocuyo, que tanto admiraba don Julio Arboleda. Resuena también en ellas la dulce nota de la amistad, en que fue Gutiérrez González tan tierno y delicado como pocos.

Musa de suave y argentina armonía en los cantos de Gutiérrez González es el sentimiento del amor, idealizado y acumulado en Julia, bella creación o sueño inmortal del poeta, que él tuvo la dicha de ver realizado en su mismo corazón, porque Julia fue una visión tan célica como Beatriz y tan humana como la misma mujer que compartió en amable y santo enlace la felicidad y el dolor de la vida con su propio cantor. Un bello y delicioso poema con el nombre de JULIA podría formarse de todas las composiciones en que el poeta expresa con fino tacto, ese sentimiento, poema sano y oloroso a hogar, cuyo espíritu estaría abreviado en estas dos estrofas de inimitable hermosura:

"Y como ruedan mansas adormidas
juntas las ondas en tranquila mar,
nuestras dos existencias siempre unidas
por el sendero de la vida van..."

"Son nuestras almas místico ruido
de dos flautas lejanas cuyo son
en dulcísimo acorde llega unido
de la noche callada entre el rumor".

En su país es amado el cantor del trabajo, de la naturaleza y del amor como algo que todavía forma parte de su ambiente, como la música del agua y del viento, como el aroma saturado de esperanzas de los maizales en flor.

Murió el poeta en Medellín el 6 de julio de 1872, y después de dieciseis lustros, su recuerdo está fresco en el corazón del pueblo, como que forma parte de su propia vida. **Antíoco el dulce y amado poeta** lo llamaron sus amigos, como augurado que él con su alma bella y sus inmortales canciones había de ser la personificación de su país.

Mucho se ha exagerado el abuso de haber empleado voces meramente provinciales en su poema sobre el **Cultivo del Maíz en Antioquia**. Tal procedimiento común de casi todos los poetas que describen cosas y costumbres exclusivamente propias de su patria, y, desde que hay escritura, las notas aclaratorias han sido siempre el recurso para entenderlos. Demás está citar ejemplos. Don Emiliano Isaza y el Dr. Manuel Uribe Angel pusieron notas a la **Memoria sobre el Cultivo del Maíz en Antioquia**, pero la mitad de esas notas son inútiles, porque se refieren a palabras, frases o modismos cuya inteligencia es obvia ya por ser palabras bien formadas de otras que son castizas o metáforas hechas por el estilo corriente, ya por pertenecer al uso de toda la América española y estar registradas en los léxicos o ya por ser del castizo español, aunque tal vez en otros países sea anticuado. En tales casos están las voces: de golpe, deshierba, chamisas, frísol, frisolera, pajarero, manotadas, medio cuarto, quebrada, recado de sacar candela, a todo pecho, rancho, sombrero de caña, tendón de tierra, encartuchar, enlatar, cogienda, coco negro, etc. etc. Dicho se está que cosas que sólo hay en Antioquia, tienen que tener un nombre antioqueño, como son algunos árboles, plantas y objetos de propia invención.

En la poética pléyade, en que lucen Epifanio Mejía, Díaz Granados, Arcesio Escobar, Alvarez Henao, Enrique W. Fernández, Jaramillo Medina, Samuel Velásquez, Mesa Nicholls, Max Grillo, Velásquez García, Jaramillo Mesa, Blanca Isaza, José María Ospina, los Canos, Aníbal Arcila, Rodríguez Moya, Agripina Montes del Valle, Abel Farina, Fray Jesús Velásquez, y otros, siempre es y será Gutiérrez González el indiscutible Apolo, el astro rey que preside la corte o el Parnaso Antioqueño.

El Dr. Gregorio Gutiérrez González, el político, el guerrero, el desmañado arbitrista, pasó a la historia, pero el poeta vive siempre joven, famoso y digno del mármol.